

## LA COMUNICACION: ENTRE LA MANIPULACION Y LA REBELION

los congresistas profesionales quedaba expresado en el comienzo de la ponencia «La situación del profesional de la información»:

«En algunas realidades nacionales, el simple enunciado: "La situación del profesional de la información" adquiere una inmediata significación peyorativa. Cuando se trata de fijar la situación de algo, es que de alguna manera se ha perdido su orientación con respecto a un Norte. Cotidianamente, forcejeamos, casi a ciegas, con la cortina de nuestras impotencias profesionales, y ese forcejeo cotidiano por defender nuestra identidad profesional suele evitarnos el vértigo de la distancia. Porque si para recuperar "nuestra situación" nos distanciamos de lo que hacemos cotidianamente, descubrimos todas sus precariedades, todas sus humillantes supeditaciones. Un profesional de la información es hoy día uno de los agentes clave de los aparatos ideológicos de Estado, y rara vez está en condiciones de desalienarse lo suficiente como para comprender cuál es su "situación" dentro del complejo bélico que el Estado utiliza para defender o imponer el orden que representa».

En esta ponencia se analizan las responsabilidades complementarias o compartidas del Estado y las empresas en la situación manipulada de la información y del profesional:

«El Estado es el que concede un régimen empresarial determinado, y bajo el autoritarismo, ese régimen empresarial no puede escapar a la intencionalidad histórica del Estado y las clases dominantes:

1.º Porque debe adaptarse a estatutos jurídicos que reglamentan desde la constitución y administración de empresas, hasta la permisibilidad coyuntural de los contenidos informativos.

2.º Porque el Estado controla medios de producción informativa propios, algunos incluso en régimen de monopolio o semi-monopolio (la radio y la televisión).

A pesar del pacto implícito que existe entre un Estado derivado del orden capitalista y un régimen empresarial de información rigurosamente capitalista, el Estado autoritario se reserva aparatos "íntimos" de disuasión por si se producen disensiones coyunturales o disensiones sectoriales con las empresas informativas».

Más adelante se afirma, o se confirma, según los gustos:

«Vemos uno y otro día cómo se nos convierte en herramientas de silenciamiento y no de difusión

de la verdad. Nosotros recogemos los hechos, manipulamos su conversión en lenguaje comunicable, en mensaje, pero nuestro mensaje pasa por toda clase de filtros: algunos, derivados de una legislación estrecha, pero legislación al fin; otros, ya flagrantemente arbitrarios, que van del capricho o interés coyuntural de cualquier reyezuelo, al capricho o interés coyuntural de cualquier allegado, al nivel que sea, del reyezuelo. Los directores temen a las empresas, las empresas temen al Estado, el Estado teme a las empresas, las empresas temen a sus propios anunciantes o a los grupos de presión económica que se ven obligados a respetar dentro o fuera. Esta espesa trama de mutuos temores se coaliga a su vez para tener miedo como integrantes comulgantes de un orden determinado. Y tienen miedo de la iniciativa del profesional, de la relación directa del profesional con el público y de cómo esa relación está en disposición de crear opinión pública, conciencia social, energía histórica, voluntad de cambio y transformación».

Si alguien esperaba un congreso científico, no se vio defraudado. Cuando no se hizo Ciencia de la Comunicación, se hizo Ciencia de la Realidad, con una voluntad de clarificación pocas veces vista. El clima contagió hasta a las «vedettes» extranjeras, que comulgaron con el espíritu de los planteamientos y las conclusiones de unos profesionales que de pronto y de momento ejercieron el derecho de la rebelión teórica frente a la manipulación práctica. En un momento en que la profesión periodística parece desperter de un largo letargo, el desarrollo y las conclusiones del Congreso barcelonés pueden ofrecer un punto de reflexión y de partida.

Pocos días después fui a una reunión de la Asociación de la Prensa de Barcelona. Asistí a un sintomático espectáculo. Una división ideológico-biológica entre los jóvenes y los viejos, lo nuevo y lo viejo. Una actitud generalmente «asimiladora de problemas y reivindicaciones» por parte de la Junta Directiva presente (en parte, se notó favorablemente la Junta Directiva ausente). Una actitud provocadora, agresiva, paralizadora, por parte de algunos viejos manes. Uno de ellos, parapetado en su ancianidad, llegó a intentar agredir a un joven profesional que se limitaba a pedirle que se callara para que se pudiera oír a los demás.

Una elemental regla de comunicación humana. ■ M. V. M.

# Los Contem pora neos

## EL «KUNG-FU» NACIONAL

La televisión española, siempre atenta a la última actualidad, ha introducido ahora una nueva serie de films que se llama "Kung-Fu". Muestra a los sacerdotes chinos como capaces de realizar una lucha defensiva infalible. Se piensa al verlos que esta técnica —"kung-fu" significa, literalmente, técnica— les falta a los sacerdotes españoles, y que sería muy eficaz, ahora, que se introdujese como asignatura en los seminarios. (Y en los semanarios, y no es por hacer un juego de palabras, sino porque algunos tienen su amenaza de agresión encima). El buen cura llevaría, además de su breviario, un manual de "kung-fu", y su misión pastoral podría ser probablemente más eficaz. Lo primero que enseña el "kung-fu" es que el mayor enemigo del hombre es el hombre mismo, debe uno vencerle. Esto ya lo sabían San Ambrosio, San Agustín, y desde luego, San Ignacio, que militaba. Pero estos queridos taoístas chinos entendían que la victoria sobre sí mismo se hacía mediante una educación de reflejos corporales y físicos que no permitirían que les venciesen —físicamente— los demás. Hacia el siglo XIX, los sacerdotes españoles se dieron al chocolate matutino y al tute (y otra vez chocolate) vespertino; su morfología varió notablemente con respecto a la de los ardientes y secos monjes medievales y perdieron aptitudes para la autodefensa.

Las clases de "kung-fu" en los seminarios podrían extenderse entre estudiantes, intelectuales y libreros, y estarían muy concurridas. Los libreros, ahora, acudirían en masa. Si ya lo están necesitando, más lo van a necesitar, pese a la protección oficial que se les reitera. Don Jaime Tarragó explica en "Fuerza Nueva" —el órgano de don Blas Piñar, y de una mentalidad de bloque de granito— la razón de los asaltantes, "los motivos del lobo" —que diría Rubén— de los rompelibros. Está claro que abomina de ellos, y disiente y condena, pero forzado por su espíritu de imparcialidad y visión objetiva de las cosas, se hace abogado del Diablo —con perdón, y mejorando lo presente— para explicar que estas actitudes surgen "porque el instinto de defensa natural del

pueblo español, aunque se concentre en minorías, es una actitud natural injustificable legalmente, pero que tiene motivaciones éticas fundadas en la vigencia del espíritu del 18 de Julio". Se dice en los periódicos que estos

asaltos son un atentado contra la cultura, y el señor Tarragó se permite disentir: "La literatura marxista, pornográfica, separatista, de biografías de los que en algún tiempo esclavizaron a España, no es cultura". Y cita algunos de estos personajes esclavistas: Azaña y Maciá, Durruti y Layret. Este último ya sufrió, por cierto, el instinto de defensa del pueblo español que se concentró oportunamente en una minoría de tres o cuatro pistoleros: a Layret le asaltaron a la puerta de su casa —calle de Balma, Barcelona— cuando el abogado y diputado salía de ella, en 1919. Bien entendido, el articulista —"nosotros", en el clásico plural del publicista de masas— "estamos totalmente disconformes" con el método de destrucción de establecimientos. Coincidirá, sin duda, con los argumentos que den cuando sean detenidos —dicen que algunos lo han sido ya— los asaltantes. Ellos no hubieran querido destruir libros y librerías, pero puesto que los libros se venden y las librerías existen... Como en el viejo —y sin duda grosero— chiste del violador de gallinas: "Yo no quería ni pensaba en eso, pero la gallina pasaba y repasaba delante de mí, provocativa, contoneándose... y uno, que no es de piedra..."

El "kung-fu" es un arte pacifista de la defensa. La televisión lo va a poner de moda. Los asaltantes ejercen el instinto "natural" de defensa del pueblo español. Mal asunto. Cuando la gente se pone a defenderse —unos y otros— y resulta que nadie ataca, las cosas pueden terminar muy mal. Más vale que nos pongamos todos de acuerdo. En cuanto convengamos que los atacantes no son defensores, en que los incendiarios tienen motivaciones éticas, en que los libros no son la cultura y en que los sacerdotes deben volver al tute y al chocolate, y cumplamos con tranquilidad y calma nuestros respectivos papeles, ya no habrá necesidad de "kung-fu". Ni de nada.

POZUELO